

el conde se aproximó á ella y le ofreció la mano. Pero al ir Celina á darle la suya, trémula y fría, el conde, con un ademán osado y rápido, cogió á la joven por la cintura, la levantó y antes de que pudiera escapársele un grito, apoyó furiosamente la boca en sus labios. Con un brusco esfuerzo de todo su cuerpo Celina trató de escapar á aquella presión, pero ésta se hizo más estrecha. Incapaz de gritar, empezando á perder la cabeza y paralizada por una inexplicable languidez, dejó de resistir. La oscuridad del salón le parecía más espesa, el silencio, más profundo. Sintió que Valentín se la llevaba é hizo un desesperado esfuerzo que la arrancó de los brazos que la envolvían. De un solo impulso fué hasta la puerta del cuarto de Enriqueta, se agarró á ella con fuerza y reuniendo toda su energía, lanzó un grito desesperado.

En este momento sintió que la puerta cedía y al lanzarse por ella para huir, se encontró cara á cara con el coronel Redel. Éste, muy tranquilo, vió de una ojeada al conde, pálido de furor, y á Celina temblando de espanto. Se adelantó entre los dos y, decidido á no comprender nada más que lo que quisieran decirle, saludó sin emoción alguna á Valentín y á la joven, y dijo :

— Me pareció oír llamar... Me había equi dovaco.

Pero Celina, incapaz de moderarse, respondió indicando al conde con un ademán :

— No, ha oído usted bien, caballero; el señor me ha obligado á llamar...

Valentín mostró una sonrisa zumbona.

— ¡Segunda vez, desde ayer! dijo; parece que con usted, el señor Redel tiene la especialidad de las intervenciones.

Metido en causa cuando él se esforzaba por desentenderse del asunto, el coronel frunció las cejas. Era demasiado cuerdo y demasiado valiente para buscar una querrela, pero tenía muchos motivos de animosidad contra Valentín. Replicó secamente :

— Acaso esto consiste en que con esta señora tiene usted la especialidad de las inoportunidades.

El conde se puso repentinamente muy serio y, mirando al coronel con aire acusador, le dijo :

— Esta bien, señor mío. Yo procuro tomar las cosas pacíficamente y es usted el que trata de agriarlas... Pero confiese usted que trueca los papeles... Yo hubiera podido asombrarme al verle á usted salir de un cuarto que forma parte del departamento íntimo de la condesa... Me limito á bromear dulcemente y usted trata de ofenderme.

Redel palideció de cólera viendo á Valentín cambiar hábilmente el terreno de la discusión y crearle ofensas donde era tan bueno su derecho.

— ¿ Soy yo quien ofende? exclamó; ¿ yo?

— Sí, señor, contestó Valentín con un tono sarcástico muy propio para poner al coronel fuera

de sí; usted aparece, como un diablo que sale de una caja de sorpresa, y afecta creer que se tiene aquí necesidad de usted. Todo esto es muy ofensivo y si yo no fuera tan conciliador, podría asombrarme mucho y pedirle á usted cuentas.

Antes de que Redel tuviera tiempo de responder, Celina se interpuso entre él y el conde.

— Ni una palabra más, dijo. No consentiré un altercado entre usted y el señor por mi causa. Pero lo que no debe oír de la boca de usted lo oíré de la mía. El que es bastante cobarde para hacer violencia á una mujer, no merece ser castigado por un hombre. El que miente bajamente para ocultar sus vergonzosas acciones, no merece que se haga caso alguno de sus palabras. Señor conde de Coutras, es usted un miserable, y si no le basta que se lo diga en presencia del señor, puede usted llamar á sus criados y se lo repetiré delante de ellos.

Este violento apóstrofe no turbó á Valentín. Conservó su sangre fría y, saludando graciosamente á la que le trataba con tanta dureza:

— Palabras de mujer no ofenden, dijo con ligereza. Para darlas un valor es preciso que tengan la aprobación de alguien á quien se pueda hacer responsable. Usted, señora, acaba de cortar, muy poco oportunamente la palabra al señor Redel, cuando se disponía á decirme su opinión sobre la cuestión que nos divide. Confieso que hubiera

deseado conocerla... Y si fuese tiempo todavía...

— Aún es tiempo, dijo fríamente Redel.

— Yo le conjuro á usted á no responder, exclamó Celina.

— Señora, no se trata de usted, interrumpió el coronel; demasiado ve usted que soy yo el interpelado y supongo que no me cree usted capaz de retroceder delante del señor. Puesto que le complace saber mi opinión sobre su conducta, yo tengo el honor de declararle que es de todo punto conforme con la de usted.

Valentín no hizo un gesto ni cambió de fisonomía, y dijo en tono de tristeza:

— ¡ Ah! coronel, no puede usted negar ahora que sus intenciones son verdaderamente hostiles para mí, puesto que me ofende sin provocación alguna de mi parte, en mi casa y delante de esta señora.

— Lo niego tanto menos cuanto con más empeño parece usted desearlo.

— Está bien, coronel, dijo el conde; en adelante, este asunto no me atañe. Dos amigos míos se explicarán con otros dos de usted.

É inclinándose ante Celina, añadió burlón:

— Reciba usted, señora, mis sinceras felicitaciones; es muy ventajoso ser su amigo.

Hizo á Redel una inclinación de cabeza altanera y salió sin añadir una palabra, después de haber

sacado de la situación todo el partido que deseaba. Apenas sola con Redel, Celina cesó de contenerse y, fuera de sí, dijo cogiendo las manos de su defensor:

— ¿Está usted loco para haber respondido á las insolencias de ese miserable? ¿No ve usted que lo que quiere es deshacerse de usted? Es el adversario más peligroso que se puede imaginar. Bajo ningún pretexto permitiré un encuentro entre los dos. ¡Le mataría á usted!

— Ya trataré yo de impedirlo.

— ¿Y si no lo consigue usted? Por mi causa, ¡Dios mío! ¡Correr tal peligro por mí, que no soy nada para usted y que le he comprometido como una loca!

Se retorció las manos al hablar así y sus pálidas mejillas se inundaban de lágrimas.

— Tranquilícese usted, dijo Redel dulcemente. No, usted no me ha comprometido. Yo me he anticipado á la provocación. Usted odia, ¿no es cierto? al hombre que acaba de mostrar con usted tan brutal audacia...

Celina exclamó con furor:

— ¡Oh! ¡Sí, le odio!

— Pues bien: ¡yo más aún!

— Sí, usted ama á Enriqueta, dijo Celina sin cuidarse de disfrazar su pensamiento, y debe odiar á su marido. Pero esta cuestión entre usted y él le

separa completamente de la condesa. ¿Cómo podrá usted verla si sobrevive?

— De todos modos no la veré más, dijo tristemente Redel. La condesa me ha ordenado que me ausente. Mi silencioso amor la comprometía, según dicen, y me es preciso privarme de la dicha de su presencia.

Celina le miró hasta el fondo del alma y adivino en un instante las misteriosas resoluciones de aquel amante desesperado.

— ¡Oh! Usted quiere intentar librarla del conde... Pero aun así, persigue usted un imposible... La muerte del marido pondrá entre usted y ella un obstáculo insuperable... Arriesga usted su vida sin objeto.

— ¿No son nada, entonces, su dicha y su tranquilidad? respondió Redel gravemente. Está unida á un hombre indigno que le hace la vida muy dolorosa. ¿No habré hecho algo por ella devolviéndola su libertad?

— Cállese usted, desgraciado, dijo Celina. No diga usted tales cosas aquí mismo, en esta casa... ¡Si alguien nos oyera! No, lo que usted se propone es irrealizable y, en todo caso, basta que yo lo sepa para que me oponga con todas mis fuerzas.

— ¿Y cómo?

— Ya lo verá usted.

— Sea usted franca por completo y dígamelo.

— Pues bien, avisaré á Enriqueta.

Á estas palabras la fisonomía de Redel se cubrió de mortal palidez.

— ¿ Quiere usted, dijo con voz temblorosa, que parezca un cobarde que trata de eludir el peligro? ¡Hacer intervenir á la señora de Coutras! Realizar ese proyecto es lo mismo que matarme en el acto, pues no sobreviviría á semejante humillación.

— Cállese usted, contestó Celina espantada. No diré nada puesto que me lo prohíbe, pero usted tendrá en cuenta mi angustia y me prometerá no oponerse á un arreglo.

— Se lo prometo...

— ¡ Oh ! Demasiado veo que juzga usted imposible una conciliación...

— En efecto. ¿ Cómo había de producirse si el señor de Coutras no la desea y yo tampoco?

— Se le obligará á desearla.

— ¿ Quién hará ese milagro?

— La señora Mossler... Mi marido, á quien por fin será preciso...

Redel la miró fijamente y dijo, hablando con lentitud :

— Cuide usted de no comprometerse inútilmente. Nada podrá impedir, esté segura, y puede en cambio hacerse á sí misma y á los demás un daño irreparable. No se aferre usted á la idea de que ha sido la causa de la explosión que se ha

producido; era inevitable que así sucediera. El conde sólo buscaba una ocasión y yo también. Ambos nos odiamos; los hombres no nos engañamos en este asunto. No está celoso, porque no ama á su mujer, pero desde el primer momento se produjo entre nosotros una antipatía que debía producir este resultado. Prescinda usted, pues, de intervenir en este asunto: haga votos por mí si mi causa le es simpática, pero no trate de detener la marcha de los acontecimientos, que tienen más fuerza que nosotros.

El ruido de un coche que entraba en el patio interrumpió al coronel. Desde el balcón, vieron entrar á la condesa y descender del coche, elegante y ligera. Vió que la estaban mirando y les hizo con la mano un ademán amistoso. Subió vivamente la escalera y dijo desde la puerta avanzando, con la cara sonrosada por la frescura del aire :

— Me han esperado ustedes, amigos míos; les doy las gracias. Vengo de ver á mi pobre Vignot, que está enfermo, y se me ha hecho un poco tarde. Mi visita le ha distraído y me ha retenido más de lo justo. ¿Me dispensan ustedes, no es verdad?

— Hemos pasado el tiempo hablando la señora y yo, dijo Redel. Pero ya suponíamos que cuando usted tardaba era por alguna buena acción.

La condesa amenazó al coronel con el dedo y dijo:

— ¡ Adulador !

Se quitó el abrigo y dijo, empujando la puerta por la que había entrado Redel :

— Venid á mi taller ; voy á enseñar á usted su retrato concluído.

El coronel sonrió y repuso, con cierto deje de melancolía :

— Ha hecho usted bien, señora, en despacharse á concluirlo.

Aquella alusión hizo correr un escalofrío por la espalda de Celina, que al mismo tiempo comparó la tranquila y digna energía de Redel con su propia inercia. ¡ Cómo ! ; Conociendo el peligro que él afrontaba, iba á dejarle expuesto á las implacables venganzas de Valentín ! Aunque el coronel aseguraba que ella no tenía nada que ver en el asunto, comprendía que su furiosa respuesta había exasperado al conde y que si éste amenazaba peligrosamente á Redel era por haberse interpuesto entre ellos. Había querido demostrar con qué tenacidad la perseguía y los riesgos que podrían correr cuantos pretendieran protegerla. ¡ Para debilitar la resistencia de la mujer que deseaba iba á matar un hombre !

Celina sintió un vértigo de espanto. Le pareció que estaba perseguida por un monstruo implacable, que no descansaría hasta hacerla su presa, y se revolvió contra aquella tiranía y contra aquel

peligro. Hizo un movimiento para lanzarse hacia Enriqueta y contárselo todo, pero vió á la joven sentada al lado de la mesa, tan tranquila, enseñando á Redel la miniatura rodeada de su marco dorado, que le pareció que no encontraría palabras para turbar aquella serenidad. Y, sin embargo, era preciso hacer algo ; cada hora que pasaba aumentaba el peligro.

Su agitación se hizo tan viva, que le fué imposible permanecer más tiempo inactiva enfrente de aquel hombre impasible y de aquella mujer inconsciente. Se levantó y en algunas palabras se despidió de su amiga, mientras Redel, que parecía contento, le recordaba su promesa con un gesto silencioso. Celina movió la cabeza como para echar de sí un pensamiento molesto y estrechando la mano de Enriqueta, salió del salón. Se detuvo un instante en la escalera y, en la confusión de su espíritu, pensó un momento en preguntar si el conde estaba en casa, pero rechazó en seguida con horror esa idea.

Salió, despidió su coche y echó á andar, dando vueltas en su cabeza calenturienta á mil proyectos contradictorios. Volvía siempre á la certidumbre de que era preciso recurrir á Enriqueta y no á la señora Mossler, ni, mucho menos, á Eliphas. En cuanto á dirigirse á su marido, hubiera preferido la muerte. Torturándose así la cabeza, descendió

maquinalmente por el *faubourg Saint-Honoré* y se encontró, de pronto, ante una oficina de correos. Entró, pidió un telegrama cerrado y, de pies delante de uno de los altos pupitres y con la pluma de torcidos puntos mojada en el fangoso tintero que sirve á los hombres de negocios, escribió : « Se ha producido esta tarde un altercado entre su marido de usted y el coronel Redel. El duelo parece inevitable si usted no se interpone. Una amiga se lo advierte. Obre usted pronta y enérgicamente ». No firmó y apenas se tomó el trabajo de desfigurar su letra. Pegó el telegrama, le pasó á través del ventanillo de un empleado y salió. Una vez en la calle se sintió calmada y pensó : He prometido al coronel no decir nada, pero no he prometido no escribir. Y, después, poco me importa ; era preciso advertir á Enriqueta y librar á Redel. Ahora, veremos qué resulta.

VIII

A la hora acostumbrada, la señora Mossler estaba ocupada en su saloncillo, con Eliphas, en distribuir las limosnas diarias, cuando entró un criado y en una bandeja de plata entregó al Ministro de la caridad un papel sucio que tenía trazadas con lápiz algunas líneas. Eliphas tomó la misiva, la leyó, con la indiferencia de la costumbre, y en seguida la arrugó y la echó á la chimenea.

— ¿Qué es? preguntó la señora Mossler, ¿una petición de socorros?

— No, señora; una petición de audiencia.

— ¿Tan solemne?

— Más aún; amenazadora y con síntomas de *chantage*.

— ¿De quién?

— Del hombre á quien usted socorrió contra mi voluntad, hace unos meses.